

EL CONTRATO SIN FIRMA

Siempre que me preguntan cómo fueron mis años infantiles, mi respuesta es la clásica, esa que se dice para salir del paso sin revelar las cicatrices que uno lleva ocultas bajo la ropa. Ahora vivo en la ciudad, un laberinto de concreto donde el ruido de los autos y sus escandalosas bocinas parecen conspirar para que pierda la cordura. Es un estruendo metálico que, de alguna forma retorcida, me exhorta a volver al pueblo, como si mi mente buscara refugio en el origen de mi miedo para escapar de este presente asfixiante.

Al cerrar los ojos y recordar aquel pueblo, el concepto de "ruido" cambia por completo. Allí, la banda sonora de la vida se reducía a la risa genuina de la gente en la plaza o al golpeteo rítmico de la lluvia, que caía con una frecuencia casi religiosa por su clima cambiante. A veces, en mis noches de insomnio, debato sobre la veracidad de mis propios recuerdos. Me pregunto si de verdad existió ese lugar de casas de adobe, con sus fachadas cubiertas por mantas de pintura precaria que el sol se encargaba de descascarar día tras día. Eran paredes vivas, llenas de grietas profundas que el tiempo había esculpido como arrugas en el rostro de un anciano; grietas que parecían caminos para que algo pequeño y antiguo se deslizara hacia el interior. Aquel pueblo es el antónimo perfecto de mi presente: un mundo de tierra y silencio que ahora, desde mi ventana en el segundo piso, me parece una alucinación necesaria para no olvidar quién soy.

La necesidad nos obligó a instalarnos en una zona inhóspita, uno de esos rincones olvidados por el mapa donde la supervivencia no es una opción, sino una tarea diaria. Formábamos parte de las estadísticas de la precariedad, pero a esa edad, para mí, el mundo terminaba donde las montañas tocaban las nubes. Una de las dudas que siempre me asaltan al recordar esa época es la ubicación del camposanto. Nunca entendí por qué eligieron la cima de un cerro tan elevado y escarpado para enterrar a los nuestros.

Los más longevos, aquellos cuyas voces sonaban como el crujir de las ramas secas, atribuían la incógnita a una cuestión de fe: decían que los muertos debían estar lo más cerca posible del cielo, allí donde el aire es más delgado y el alma se separa

del cuerpo con menos esfuerzo. Sin embargo, para los vivos, aquello era una tortura logística. Tras muchos debates cargados de superstición y juntas vecinales donde el humo de los cigarrillos se mezclaba con la neblina, se decidió finalmente que el nuevo cementerio debía estar en el llano, a la mano de todos.

Pero el cerro no se vació. Los familiares de quienes se quedaron arriba, en la parte vieja, nunca se atrevieron a mover los restos. Cuando los cuerpos ya se habían hecho uno con la tierra rojiza y las raíces de los matorrales habían abrazado los ataúdes, el lugar se convirtió en un santuario silencioso. En las noches señaladas, desde el pueblo se veían pequeños puntos de luz temblorosa en la cima. Eran los deudos que, desafiando la pendiente, encendían velas sobre fotos antiguas y lápidas carcomidas por el líquen. Esas luces parecían estrellas caídas, recordándonos que, aunque estuviéramos en el llano, los muertos seguían observándonos desde la altura, esperando que algo los hiciera bajar.

El clima en aquella región era una ruleta rusa, un juego macabro donde la naturaleza siempre tenía las cartas marcadas. Para los pocos forasteros que llegaban, aclimatarse resultaba una odisea física y mental; el aire pasaba de un calor asfixiante a un frío que te calaba los huesos en cuestión de horas. Pero lo de aquel noviembre fue distinto. No fue una tormenta pasajera, sino una cortina de agua gris que se instaló sobre nosotros durante días, inundando las calles hasta convertirlas en ríos de lodo espeso. Era una señal, un presagio oscuro que flotaba en el ambiente junto al olor a tierra mojada y encierro.

Los ancianos, con la mirada perdida en el horizonte borroso, se persignaban con miedo. Asociaban aquel ritmo implacable de la naturaleza con una orden divina, o quizás algo más antiguo, para abandonar el pueblo antes de que fuera tarde. Al tercer día de lo que parecía una lluvia eterna, el espíritu de la comunidad se quebró. Algunas familias, con sus pocas pertenencias cargadas al hombro y el rostro desfigurado por el cansancio, decidieron irse. Estaban exhaustas de luchar contra las filtraciones, de no tener qué llevarse a la boca y de pasar las noches reparando techos que volvían a ceder bajo el peso del agua.

Mis padres, sin embargo, tenían una terquedad moldeada por la miseria; ellos competían a diario contra la necesidad y no pensaban rendirse tan fácil. Al oír los

rumores que corrían entre los vecinos sobre supuestas donaciones de víveres en un pueblo cercano, tomaron una decisión que hoy me parece impensable. Me dejaron solo, protegido apenas por las paredes de adobe que el agua comenzaba a lamer con una paciencia aterradora. Recuerdo ver sus siluetas perderse bajo la lluvia, mientras yo me quedaba atrás, custodiando una estructura que crujía como si tuviera huesos, sintiendo cómo la humedad empezaba a devorar los cimientos de mi seguridad.

A mis cortos diez años, me vi convertido en el guardián de una estructura que se desmoronaba. Protegí la casa con la seriedad de quien custodia una base militar en territorio enemigo, aunque mis únicas armas eran un candado viejo y el valor que intentaba sacar de mis entrañas. Ya oscurecía, y la falta de electricidad convertía las esquinas de la sala en pozos de sombra donde mi imaginación dibujaba formas imposibles. Coloqué una lámpara de kerosene en la mesa del comedor; su llama vacilante proyectaba sombras gigantescas que bailaban en las paredes de adobe, moviéndose al ritmo del viento que azotaba el exterior.

Mi único refugio era una pequeña radio a baterías de color negro. La sintonizaba con dedos temblorosos, buscando desesperadamente cualquier rastro de presencia humana. Escuchaba canciones antiguas que, por momentos, se disolvían en una estática agresiva, un siseo que sonaba como mil insectos moviéndose detrás de la frecuencia. La antena telescópica bailaba de un lado a otro, buscando la señal perfecta, pero el clima parecía querer devorar las ondas de radio.

A pesar del miedo que me oprimía el pecho, un terror para el que no tenía preparación alguna, la voz del locutor se convirtió en mi ancla. Era una voz lejana, distorsionada por la tormenta, pero me brindaba una compañía invaluable en medio de aquel desastre. Me aferraba a sus palabras como si fueran un hechizo de protección, ignorando que, afuera, el agua ya estaba soltando los cerrojos de las tumbas en lo alto del cerro y que el silencio de la radio sería el primer aviso de que algo acababa de llegar a mi puerta.

Mientras batallaba con las varillas de la radio para rescatar una melodía entre el ruido, el portón de madera maciza reportó tres golpes. No fueron golpes normales; no tenían el ritmo de los nudillos de un vecino ni la urgencia de mis padres. Eran

unos golpes sordos, pesados, inhumanos, como si algo masivo y sin vida estuviera chocando contra la entrada por pura voluntad del agua. El eco de ese impacto vibró en el suelo mojado bajo mis pies, y al tocar el frío cerrojo de fierro para abrir, sentí que el cuerpo se me escarapelaba. Era un frío que no venía del clima, sino de una advertencia muda que me recorría la columna, exhortándome a retroceder, a dejar que la puerta se mantuviera cerrada.

Pero la curiosidad de un niño es a veces más fuerte que su instinto de supervivencia. Al mover el pestillo, la presión desde el exterior me tumbó por inercia hacia el suelo de barro. Un féretro rectangular de madera oscura invadió la sala, flotando pesadamente como un barco que entra a puerto tras un naufragio de siglos.

En ese instante, la casa se llenó de un hedor insoportable: una mezcla densa de madera vieja podrida, moho acumulado y un rastro dulzón, casi empalagoso, que solo puede describirse como el aroma de una muerte antigua y olvidada. Al asomarme por el umbral, el espectáculo era dantesco. Allá afuera, bajo la lluvia que no daba tregua, otros ataúdes desfilaban en una procesión macabra sobre el agua sucia. Parecían barcazas fantasmales que, tras años de encierro en lo alto del cerro, ahora bajaban reclamando su espacio, protestando contra el olvido de sus familiares con cada choque contra las paredes de las casas que aún se mantenían en pie. El cementerio del llano no les pertenecía; ellos venían de un tiempo más oscuro.

El féretro que había encallado dentro de mi casa se detuvo justo bajo el círculo de luz de la lámpara. Fue entonces cuando noté que el viaje brusco desde las alturas del cerro, ese descenso violento entre rocas y lodo, le había arrebatado la cubierta de cuajo. La madera estaba astillada, revelando un interior que la luz no debería haber tocado jamás. Me acerqué con la curiosidad imprudente que solo posee un niño que aún no entiende que hay fronteras que no se deben cruzar.

Al asomarme, las sombras proyectadas por la llama de kerosene jugaron una broma macabra con mi vista, revelando finalmente lo que yacía allí: un esqueleto infantil. Era pequeño, de mi tamaño, lo que hizo que un frío eléctrico me recorriera la espina dorsal. Sus cuencas, vacías y sumidas en una oscuridad absoluta, parecían fijarse en las mías con una inteligencia antigua. Pero lo más perturbador no fue su mirada, sino su movimiento. Debido al vaivén del agua que aún entraba por el portón, su

cabeza calva se mecía con una cadencia perfecta, de izquierda a derecha, como el péndulo de un reloj viejo. Parecía estar dándome una respuesta negativa, un "no" silencioso y eterno ante mi presencia.

En un espasmo de horror, retrocedí y caí de espaldas. Mis manos se hundieron en el suelo, pero no sentí el agua fría de la lluvia; se habían embarrado con una mezcla de tierra sepulcral, restos de sudario descompuesto y un lodo pestilente que emanaba del interior de la caja. El hedor a tumba abierta se me pegó a la piel. Con un instinto desesperado, coloqué esas mismas manos sucias sobre mi boca para ahogar un grito que habría desgarrado mis pulmones. El sabor metálico del lodo en mis labios y el terror galopando por mis venas me provocaron náuseas tan violentas que sentí que mis entrañas buscaban la forma de ser expulsadas de mi cuerpo.

Al fondo de la penumbra, la escalera de troncos escuálidos se alzaba como mi única salvación. Corrí hacia ella inyectado por una adrenalina invisible, subiendo los peldaños de dos en dos mientras la madera crujía bajo mi peso. Al llegar a la planta alta, me refugié entre mi pequeña cama y las cajas de cartón que contenían mi escasa ropa. Fueron segundos largos y eternos. Desde mi escondite, mis ojos no podían despegarse de la caja iluminada abajo en el comedor; el miedo a que la lámpara se apagara y me dejara en completa oscuridad, a merced de lo que fuera que habitaba en esos huesos hambrientos, era lo único que me mantenía despierto y temblando.

Lo que mis padres narran sobre su regreso suena a una tarea doméstica más, una anécdota de supervivencia rural. Cuentan que, al cruzar el umbral con el agua llegándoles a las rodillas, encontraron la sala invadida por la corriente y aquel ataúd sin tapa encallado contra la mesa. Con el pragmatismo que da la miseria, lo expulsaron de la casa como a una visita indeseable, empujándolo de vuelta al río de lodo para que buscara el final de su camino en el llano. A mí me encontraron en la planta alta, ovillado bajo la pesada frazada de lana, hundido en un sueño que bien pudo ser un desmayo provocado por el terror absoluto.

Al amanecer, la lluvia finalmente se despidió con un susurro, dando paso a un sol abrasador que presagiaba el cambio de estación y evaporaba el agua estancada, dejando tras de sí un olor a fango y olvido. Pero el sol no trajo soluciones. Las

escasas provisiones no calmaron el hambre crónica del pueblo y la falta de trabajo dibujó un único camino posible: el exilio. Nos obligaron a buscar nuevas tierras y yo acepté el viaje sin dudarlo, ansioso por dejar atrás las grietas de adobe que ahora me parecían bocas abiertas. Aquel pueblo ya no existe en mi presente; su ruta ha sido borrada por trabajos eternos en la carretera y por una naturaleza que decidió reclamar lo suyo.

Mis padres siempre rieron al escuchar lo que ellos llaman "la parte fantástica" de mi relato. Aseguran con una seguridad hiriente que la caja de madera estaba vacía, que solo era un mueble viejo arrastrado por el cerro. No seré el primero ni el último en ser acusado de poseer una imaginación infinita o de haber sido víctima de una alucinación por el cansancio. Pero yo sé lo que vi mientras ellos no estaban.

Sé que, antes de que mis padres cruzaran el portón, el esqueleto infantil —aquel ser que en vida debió tener mis mismos años y quizás mis mismos miedos— se incorporó desde el fondo del ataúd. Lo hizo sin el soplo de vida religioso, sin milagros, solo impulsado por una voluntad fría y mineral. Se sentó sobre la madera astillada y me observó con sus cuencas vacías, estableciendo un vínculo que el tiempo no ha podido romper. Luego, con una lentitud insoportable, llevó sus dedos huesudos hacia donde alguna vez hubo labios y tocó su quijada.

Fue un gesto universal: silencio.

Sin decir una palabra, cruzó el portón con pisadas imperfectas que chapoteaban en el lodo, perdiéndose en la oscuridad de la calle con un destino que solo los muertos conocen. Me había pedido guardar su secreto, un contrato sin firma sellado entre dos niños de mundos distintos. Siendo sinceros, nadie me cree; pero cada vez que el ruido de la ciudad calla por un segundo, siento que él sigue ahí afuera, vigilando que yo cumpla mi parte del trato. Así fue y así será.